

quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones, y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces:—No me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es Don Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó, y le echó por la reja: Quedó Don Quijote acibado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado, porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la mesma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponerse las, con voz baja, le dijo:—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo que te adoro. A todo esto no respondió Don Quijote otra palabra, sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su Gobierno.



CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su Gobierno.

QUENTA la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso Palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una Real y limpiezima mesa, y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías y salieron cuatro pages á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page puso un babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un page alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos preguntó, si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara:—No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras Ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta Ínsula para serlo de los Gobernadores de ella, y miró por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complecion del Gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así man-

dé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente y tener muchas especias que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.—Desa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazoadas, no me harán algun daño. A lo que el médico respondió:—Esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida.—¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió:—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdix autem pessima*. Quiere decir: toda hartazgo es mala; pero la de las perdices malísima.—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor Doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará mas provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalée, porque por vida del Gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor Doctor y él mas me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.—Vuesa merced tiene razon, señor Gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo:—Aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.—*Absit*, dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los retores de colegios, ó para las bodas labradorecas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda altildadura: y la razon es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le pre-

guntó, cómo se llamaba y dónde habia estudiado. A lo que él respondió:—Yo, señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera:—Pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante, si no, voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la Ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí, si no tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza: y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la República, y denme de comer, ó si no tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el doctor, viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo:—Correo viene del Duque mi señor: algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así: *A Don Sancho Panza, Gobernador de la Ínsula Barataria, en su propia mano ó en las de su secretario*. Oyendo lo cual Sancho, dijo:—¿Quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban, respondió:—Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy Vizcaino.—Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser secretario del mesmo emperador: abrid ese pliego y mirad lo que dice. Hizolo así el recien nacido secretario, y habiendo leído lo que decia, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fueron: y luego el secretario leyó la carta, que así decia:

A mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desa Ínsula la han de dar un asalto furioso, no
TOMO II. 39

sé que noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé tambien por espías verdaderas, que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorremos, si os viéredes en trabajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. Deste Lugar á diez y seis de Agosto, á las cuatro de la mañana.—Vuestro amigo el Duque.

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimesmo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo:—Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al Doctor Recio, porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre.—Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí, que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas Monjas, y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo.—No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas: y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto: y dareis de mi parte un besamanos á la señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi muger Teresa Panza, que en ello recibirá mucha merced y tendré cuidado de escribirla¹ con todo lo que mis fuerzas alcanzan: y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos como buen secretario y como buen Vizcaino podeis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento: y álcense estos manteles, y denme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi Ínsula. En esto entró un page, y dijo:—Aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á Vuestra Señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia.—Estraño caso es este, dijo Sancho, de estos

¹ *Servirla*, debería decir: esta es una errata de imprenta manifiesta, adoptada en todas las ediciones que he visto.

negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías, ó matador mio.—No señor, respondió el page, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan bueno como el buen pan.—No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos.—¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el Doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?—Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará V. S. satisfecho y pagado, dijo el maestresala.—Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué:—¿Quién es aquí el señor gobernador?—Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla.—Humíllome pues, á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo:—Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real.—¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir, es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la Santa Iglesia Católica Romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado.—De modo, dijo Sancho, que si vuestra muger no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo.—No señor, en ninguna manera, respondió el labrador.—Medrados estamos, replicó Sancho:

adelante, hermano, que es hora de dormir mas que de negociar.—Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linage son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia que, por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados que, si se usaran aspar labios, pudiera hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y abengenado: y perdóneme el señor gobernador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija que la quiero bien y no me parece mal.—Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.—Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos, y digo señor, que, si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion: pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que, si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede estender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.—Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza: ¿qué es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.—Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea ser-

vido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus: y de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un Angel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo á sí mismo, fuera un bendito.—¿Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho.—Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller: digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.—Mirad, si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.—No por cierto, respondió el labrador: y apenas dijo esto, cuando levantándose en pié el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo:—Voto á tal, don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿Y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Va de mí, digo, si no, por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no ha dia y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestra-sala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y al parecer temeroso de que el Gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos á Don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.